

JESUCRISTO, NUESTRA ESPERANZA ILUMINAMOS LA REALIDAD DE LA ARQUIDIÓCESIS DE PUEBLA

SEGUNDA PARTE DEL PLAN DIOCESANO DE PASTORAL 2020 -2024

Documento de trabajo

PROCESO DE ELABORACIÓN Y GUÍA PARA PRESENTAR APORTACIONES

El Documento de trabajo que ahora tienes en tus manos recoge los aportes que se han dado a lo largo del proceso de iluminación de la realidad social y eclesial de nuestra Arquidiócesis.

- a. En la Asamblea general del 6 de mayo pasado se ofrecieron los elementos teóricos y prácticos para acompañar el proceso de iluminación de la realidad de nuestra Arquidiócesis.
- b. En las Asambleas de Zonas pastorales, realizadas durante el mes de mayo de 2019, se favorecieron los talleres para el manejo de los instrumentos encaminados a realizar dicha iluminación.
- c. Cada comunidad de base -parroquia, movimiento y comunidad religiosa- respondió los instrumentos y con ello iluminó su propia realidad.
- d. Cada Decanato, con los aportes de sus parroquias, discernió los elementos de iluminación de su realidad particular.
- e. Cada Zona de pastoral, con los aportes de los Decanatos, tiene definidos los elementos teológico pastorales que iluminan su propia realidad de Zona.
- f. Con los aportes de cada Zona se hizo una primera integración de datos con la participación de representantes de cada una de las Zonas y de las Comisiones diocesanas de pastoral.
- g. Tres equipos realizaron una primera redacción considerando los énfasis cristológicos, eclesiológicos y antropológicos que iluminan nuestra realidad social y eclesial.
- h. Finalmente, desde la Secretaría de la Vicaría de Pastoral se integró todo el material en el Documento de trabajo que ahora presentamos.

Mediante la siguiente actividad se pretende favorecer la participación de los asambleístas en la definición del Marco de Iluminación del Plan Diocesano a partir del conocimiento, apreciación y revisión del Texto-borrador que tienes en tus manos.

Te invitamos realizar una lectura completa del Texto y hacernos llegar tus aportaciones mediante correo electrónico a la Vicaría de Pastoral, de preferencia antes del 15 de agosto próximo.

- a) Indica los numerales que a tu juicio se deben eliminar y explica por qué.
- b) Redacta los párrafos que a tu juicio se deben agregar e indica entre qué numerales del texto se deben incluir.
- c) Presenta el texto de los párrafos que a tu juicio se deben modificar en su contenido o en su redacción.

d) Agrega tus comentarios generales.

JESUCRISTO, NUESTRA ESPERANZA ILUMINAMOS LA REALIDAD DE LA ARQUIDIÓCESIS DE PUEBLA

Segunda parte del Plan Diocesano de Pastoral 2020 -2024

Introducción

1. Los agentes de pastoral -Obispos, Presbíteros, Diáconos, Religiosos (as) y Laicos (as)- llamados por el Señor para hacer presente su acción salvadora en medio de nuestros hermanos, manifestamos una vez más nuestra convicción de que la Palabra de Dios es la luz que ilumina nuestra realidad social y eclesial, por ello volvemos una vez más a ella para renovar nuestro discipulado y relanzar la misión.
2. En el momento actual de nuestra iglesia particular sentimos que debe anunciarse con nueva fuerza que *En Jesucristo vivimos nuestra dignidad humana con esperanza y con alegría*. Esta aseveración viene a ser el eje teológico pastoral transversal de la segunda parte de nuestro Plan Diocesano. Nos proponemos, retomando el Documento de Puebla, seguir como estructura los tres elementos fundamentales de la evangelización: *Jesucristo, La iglesia y El hombre*, si bien cambiamos el orden y abordamos al final la reflexión sobre la Iglesia para extendernos en el papel evangelizador que nos corresponde como iglesia angelopolitana.
3. Al estar celebrando los cuarenta años de la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano -que tuvo como sede nuestra iglesia particular-, al estar viviendo el proceso de recepción de nuestro 5° Sínodo Diocesano y al enmarcarse nuestro proceso de planificación pastoral en la dinámica nacional, mucho nos ayudará releer los elementos iluminadores de sus respectivos documentos: Documento Puebla (DP 165-339), Documento Conclusivo del 5° Sínodo Diocesano (5°SD 22-26) y el Proyecto Global de Pastoral (PGP 87-164). El dinamismo de estas reflexiones y lo que de ellas se deriva nos ha de iluminar e impulsar hoy en nuestro empeño pastoral.
4. En los elementos que ahora presentamos retomamos el ejercicio de reflexión que se ha realizado en los diversos niveles de nuestra iglesia angelopolitana, parroquias, decanatos y zonas. Nuestra propuesta de conjunto no minimiza las luces destacadas en aquellos escenarios específicos, sino que las enmarca en el ámbito de nuestra iglesia particular desde donde nos exhortamos a mantener activa nuestra reflexión para discernir lo que el Señor está diciendo a nuestra Iglesia en medio del contexto en el cual peregrinamos.

PRIMERA PARTE: JESUCRISTO, EL SEÑOR

5. El numeral 22 de nuestro Documento Conclusivo del 5° Sínodo Diocesano viene a ser una excelente introducción a esta primera parte de nuestro Marco Iluminador: *El centro de la Evangelización en general y de la Nueva Etapa Evangelizadora en la que ahora nos empeñamos es el mismo ayer, hoy y siempre: Jesucristo. Él es el evangelio del Padre, rostro de su misericordia; es Él quien nos ha llamado y enviado; de nuestro encuentro con Él nace nuestro discipulado y en favorecer el encuentro con Él radica nuestra misión; de su tesoro nos enriquecemos y hacia su novedad orientamos a quienes servimos; Él es nuestro modelo para anunciar la Buena Nueva y su proyecto del Reino es nuestro proyecto; Él es quien nos revela el plan amoroso del Padre y la auténtica dignidad del hombre.*
6. Convencidos de que es necesario no perder de vista que Jesucristo es fuente constante de novedad queremos enfatizar ahora algunos de sus rasgos en dos apartados: el primero, *El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz (Is 9, 2)*, destaca la irrupción de Jesús en la historia de la humanidad y el segundo, *Bendito sea Dios Padre que nos ha bendecido por medio de Cristo*, retoma las primeras reflexiones sobre el Señor a partir de los himnos cristológicos. Presentamos estas reflexiones con

la certeza de que *lo nuevo de la evangelización no se deriva única ni principalmente de los nuevos tiempos que vivimos, sino de la novedad misma del Evangelio (cfr. EG 11; 5°SD 25)*¹.

1.1 El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz (Is 9, 2)

7. En Éxodo 3, 14 Dios se presenta a Moisés, no como un Dios estático, no es simplemente el “Yo soy”, sino que se presenta como un Dios dinámico, personal y en relación, capaz de hacer y de sufrir; es el Dios que se presenta como nube y como columna de fuego para proteger e iluminar el caminar de su pueblo en el desierto. Se podría decir que Dios se presentó y se sigue presentando ante nosotros como: “Yo soy aquel que está aquí por ustedes, que está con ustedes, que es cercano a ustedes”.
8. Pero es en Jesús, en quien Dios cercano se hace presente de una forma totalmente tangible. Jesús es el cumplimiento de la promesa, ese “estoy aquí por ustedes” llega a su plenitud en Jesús. Llegada la plenitud de los tiempos Dios envió a su Hijo nacido de una mujer (cfr. Gal 4,4). Dios, que había hablado de muchas maneras lo hace por este misterio de la encarnación (cfr. Heb 1,1).
9. Jesucristo, desde su encarnación hasta su glorificación, realiza la redención e inaugura el Reino de Dios revelándose como enviado del Padre, como Hijo Redentor, Mesías-liberador, Maestro, Pastor, Sumo y Eterno Sacerdote, Dador del Espíritu Santo que nos constituye miembros del pueblo de la Nueva Alianza para perpetuar su obra hasta la plenitud del Reino.
10. Jesucristo manifiesta la gratuidad y la misericordia con la que Dios se da al hombre necesitado de amor. Él se dona a semejanza de *la luz en el mundo* (Jn 8, 12) que sale para todos, para los amigos y enemigos, para los buenos y también para los ingratos y malvados (Lc 6, 27-35).
11. En Jesucristo encontramos la luz para disipar las tinieblas que suelen ser absorbentes y contagiosas; representante y mediador entre Dios y los hombres, hace visible al Padre, principalmente en su misericordia, hace saber que Dios acepta a todos por amor y que está en favor de todos, no excluye a ninguno. El que Jesús mismo se autoproclame como Luz del mundo, hace ver de alguna manera que es necesario para la vida, o dicho de otra forma, es necesario el amor para vivir.
12. Hoy nosotros, como ayer los primeros discípulos, podemos abrir nuestra mente y nuestro corazón para contemplar el estilo de Jesús que viene a iluminar las realidades que hemos contemplado en la primera parte de nuestro Plan, ya que Jesús compartió en toda nuestra condición humana, menos en el pecado; las realidades económicas, políticas, culturales, educativas, ecológicas y religiosas no le fueron desconocidas. La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1,14), “Jesucristo pasó por el mundo haciendo el bien...” (Hech 10,30), siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (cfr. 2 Cor 8,9), Él es el Camino, la Verdad y la Vida (cfr. Jn 14,6), es el único Maestro y Guía en el discipulado (cfr. Mt 23,8).

1.2 Bendito sea Dios Padre que nos ha bendecido por medio de Cristo

13. Al retomar las primeras reflexiones sobre el Señor a partir de los himnos cristológicos, podremos lograr una perspectiva cristológica de la realidad, es decir, proponer a Cristo como origen y finalidad de todo cuanto existe y reconocer su revelación como una exhortación para hacernos corresponsables de nuestra realidad sea personal o comunitaria; sea ecológica o política, etc. La totalidad de la vida está apoyada en la relación de los hombres y mujeres con su origen y finalidad en donde se manifiesta la riqueza que Dios, por medio de Cristo, nos ha dado a los hombres.
14. En Cristo, Dios Padre nos ha bendecido con toda clase de bendiciones (Ef 1, 3), en Él hemos sido elegidos para vivir la santidad en el amor (Ef 3, 4), para ser sus hijos (Ef 1, 5); en Él hemos sido redimidos (Ef 1, 7); por Él nos ha dado a conocer su voluntad (Ef 1, 9) y ésta es que todo tenga a Cristo por Cabeza (Ef 1, 10); por Él somos herederos (Ef 1, 11); en Él fuimos sellados con el Espíritu Santo (Ef 1, 13) para alabanza de su gloria (Ef 1, 14). Esta es la grandeza de cada discípulo misionero de Jesús que peregrina en nuestra iglesia angelopolitana, ¡Cuánto nos hace falta reconocerla, anunciarla, respetarla, promoverla!

¹ Es por ello que “Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría...” (EG 1).

15. No hay que perder de vista que la identidad de Jesús es igual a su relación con el Padre. En san Juan todos los textos se pueden leer a partir del prólogo: En el principio existía la Palabra, la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Un texto significativo es el Jn. 10,30: Mi Padre y yo somos uno. Se trata del capítulo 10 dedicado a la presentación de Jesús el Buen Pastor. La identidad de Jesús consiste en cuidar las ovejas que son del Padre (Jn 17. 5-10). La relación de Jesús con su Padre pasa a la relación de Jesús con sus ovejas (los suyos).
16. La relación de Jesús con el Padre es el amor. Jesús ama al Padre y por eso cumple su Palabra (Jn 14,31). Aquí encontramos la raíz de la relación de Jesús con sus discípulos: Como el Padre me amó, así también os he amado, permaneced en mi amor (Jn 15,9) y el amor de los discípulos por Jesús es el mismo amor de Jesús por el Padre, si los discípulos aman a Jesús entran en la relación con el Padre [entrar en, es participar de la misma relación que se da entre Jesús y el Padre/Filiación]: si guardáis mis mandamientos permanecer en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor (Jn 15,10).
17. Además, el amor del Padre experimentado por los discípulos, por medio de su relación con Jesús, se extiende en la tradición eclesial, es decir, en la vida de la Iglesia, por medio del amor recíproco: Este es mi mandamiento que os améis los unos a los otros como yo os he amado (Jn 15,12).
18. Finalmente, la cumbre del amor es como Jesús enseña con sus palabras y acciones: vivir para servir, para pastorear (cfr. Jn 13 todo el capítulo). Aquí conviene escuchar los textos y hacer experiencia de lo que nos dicen: Jn 10,11: Yo soy el buen Pastor. El Buen Pastor da la vida por sus ovejas y, Jn 15, 13: Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos.
19. La identidad de Jesús es la base de la relación con su Padre y con el Espíritu (Jn 16,13). El Espíritu no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga...recibirá de lo mío y os lo explicará a vosotros. Es el Espíritu Santo, el Paráclito, el que hará que la Palabra Jesús, el Evangelio permanezca vivo en la vida de la Iglesia, es él, por lo tanto, el único garante de la realidad en la cual nos hace descubrir la presencia de Dios y de la interpretación que hacemos de ella en orden a que la Palabra de Dios se extienda en la historia concreta.
20. Aquí interesa afirmar que la base de la identidad de los discípulos como individuos y la base de la identidad de la comunidad de discípulos misioneros es la misma, es la relación que establecemos con Dios por medio de Cristo en el Espíritu Santo en medio de la historia concreta. La realidad es el espacio y el tiempo donde Dios se hace presente, el Espíritu Santo nos ayuda a re-leer esa presencia constantemente.
21. La verdad fundamental de nuestra fe se puede enunciar de la siguiente manera: El Padre envió a su Hijo que se encarnó por obra del Espíritu Santo para cumplir la promesa de la salvación. La encarnación (La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros Jn 1,14) es el modelo del actuar de Dios. Puede ser visto como un acontecimiento que forma parte de la historia de Jesús, del Kerigma, pero conviene mirar en él el principio que determina la identidad del Hijo de Dios pues sintetiza, lo que dijimos antes, su relación con el Padre y su identidad con los hombres. Jesús se hace consustancial al Padre pero también consustancial a los hombres.
22. Jesús es la estructura sacramental, divino-humano, de cuya aceptación o negación depende todo. Si lo aceptamos, nuestra salvación, una vida plena y una historia concreta tienen mayor posibilidad de ser vivida en la paz, la justicia, etc.; si lo rechazamos, nuestra historia concreta necesitará de la re-apertura del corazón al encuentro con él para que tome nuevo significado y alcance la reestructuración de la sociedad según la identidad de los discípulos.
23. La realidad concreta vive el drama de la relación con Cristo en la tensión entre aceptación o negación, y la historia será un signo de esta relación y por lo tanto oscilará entre la justicia y la injusticia, la paz y la guerra, el servicio y el abuso, etc. La mirada de la realidad precisa de ojos nuevos, pacientes, audaces, que se buscan construir en el desastre.
24. La Iglesia sólo se puede vivir según la identidad de Cristo. En este sentido se puede hablar de eclesiología de comunión. La eclesiología de comunión se explica partiendo de la identidad de Cristo, de la comunión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo quienes revelándose dan a la Iglesia su identidad. La identidad eclesial consiste en la comunión que los hombres tienen con Dios y con los demás hombres, es adhesión a Dios e inserción en la comunidad humana.

25. Cristo es la imagen visible del Dios invisible: esta afirmación de San Pablo en la carta a los Colosenses es de gran ayuda. En el evangelio según san Juan en el capítulo 14 nos presenta un diálogo entre Felipe y Jesús: muéstranos al Padre y eso nos basta (Jn 14,8); en otro momento el mismo san Juan dice que algunos griegos que había llegado a Jerusalén para las fiestas le dicen a Felipe: le rogaron: queremos ver a Jesús. En la experiencia del encuentro con Jesús, él se hace ver: vengan y lo verán.
26. Ver a Jesús ese es el objetivo, si sólo presentamos lo que falta, lo que está mal en la realidad, desconcertamos a la gente y probablemente alimentamos ideas como “dónde está Dios que permite tanta violencia y sufrimiento”. Nos parecemos más a un noticiero que a una comunidad evangelizadora, tratamos de ver al Cristo que ha de venir y, cerramos los ojos al “ya”, al Cristo que está entre nosotros. Es tiempo de elaborar una reflexión sobre Jesucristo que sea fundamento de la vida y que le dé sentido a las comunidades que tienen que seguir viviendo en medio de realidades muy difíciles y duras, pero con una esperanza nueva.
27. La visión del Buen Pastor es fundamental para una visión tanto de la comunidad eclesial como de la realidad histórica en la que vive. Toda la comunidad es guiada por el Buen Pastor que da la vida y cada miembro de la comunidad pastoral da la vida en el servicio concreto, toda la comunidad es corresponsable de esto; el cuidado pastoral es de toda la comunidad y al ministro ordenado le concierne la guía.
28. La mirada de la realidad es ya una interpelación, se trata de “escuchar los signos de los tiempos”. Desde Jesucristo, se trata de encarnarse en la realidad. Jesús no sólo se puso junto a los suyos, sino que “tomo la condición de siervo” (cf Fil 2, 7). Es mirar con hambre el pan que los demás desean, es tener los mismos sentimientos de Cristo, es visitar al enfermo padeciendo sus dolores. Es vaciarse de sí mismo.
29. Cristo viene a nuestro encuentro en el deforme, en el despojado, en el sufriente. La Iglesia en salida ciertamente debe ser portadora de Cristo y a la vez debe recibir a Cristo que nos viene a encontrar en los enfermos. En ellos encontramos la misericordia de Dios, podemos salir a mirar la realidad y a pedirle a los más necesitados: enséñanos a Cristo y eso nos basta. La reflexión sobre Jesucristo y la reflexión sobre la Iglesia se encuentran en el misterio del hombre. El hombre es Cristo que viene a nuestro encuentro para darnos la misericordia, y luego la misma misericordia de Dios nos hará amar entrañablemente a los más necesitados.
30. Filipenses 2, 6-11 ofrece un testimonio de especial valor sobre la fe primitiva en la preexistencia divina de Jesús: la vida del cristiano tiene como modelo a Jesucristo; el ejemplo de su vida en la tierra debe ser la pauta para la acción de todo cristiano en medio de las realidades que vive. San Pablo llega a la conclusión de que el cristiano debe vivir la alegría aún en medio del sufrimiento. Dicho de otra manera, el camino que conduce a la santidad es la plenitud de vida cristiana, mediante la participación de los padecimientos de Cristo y la identificación con Cristo en la Cruz.
31. Ser cristiano, por tanto, es procurar tener “*los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús*” (Flp 2,5). Y Él se nos dio como modelo acabado “*haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz*” (Flp 2,8). El cristiano que lucha por estar unido a Cristo será, como Él, exaltado (Flp 2,9) a la gloria del cielo. Por ello, los sufrimientos que pueda padecer, hasta el derramamiento de sangre si fuera necesario, serán motivo de auténtica alegría (Flp 2,17); pues sabe que tanto la vida como la muerte se ordenan a la gloria de Dios a través de la unión con Cristo (Flp 1,20).
32. De esta estrecha unión con Cristo viene la alegría del cristiano. Es cierto que los cristianos sufren dificultades. Pero la verdadera tristeza viene no de la contradicción externa, sino de la ambición desordenada que engendra la avaricia (Flp 2,15). En cualquier ambiente donde se encuentre un cristiano no debe olvidar que su meta está en los cielos (Flp 3,20), por eso debe comportarse de manera digna del Evangelio (Flp 1,27); esto es, con humildad, buscando no el propio interés, sino el de los otros (Flp 2,3-4); siempre alegres (Flp 4,4), irreprochables y sencillos (Flp 2,15); comprensivos con todos los hombres (Flp 4,5). La vida digna de los hijos de Dios, brillará en medio del mundo (Flp 2,15), alumbrando a todos con la luz de Cristo.
33. De este modo, todas las realidades que viva, y la misma persona humana, alcanzarán su auténtica dignidad y su verdadera grandeza cuando estén unidas a Cristo, que es Señor de todo el universo: “*Por último, hermanos, tengan en cuenta todo lo que hay de verdadero, de noble, de justo, de limpio, de amable, de elogiado, de virtuoso y de recomendable. Practiquen asimismo lo han aprendido y recibido, lo que han oído y visto en mí. Y el Dios de la paz estará con Ustedes*” (Flp 4,8-9).

SEGUNDA PARTE EL HOMBRE EN JESUCRISTO

“...y revístanse del hombre nuevo creado a imagen de Dios, para llevar una vida verdaderamente recta y santa” (Ef 4, 24).

34. Nuestro 5º Sínodo Diocesano, en su numeral 32, nos insiste en que *los interlocutores de nuestra acción evangelizadora son las personas concretas que viven diversos momentos y específicos procesos de fe* y nos hace una llamado a considerarlos en su integralidad y en su devenir histórico.
35. Ahora, después de que en la primera parte hemos considerado las situaciones concretas más significativas que vivimos, sin pretender un tratado sobre el hombre, consideramos algunos conceptos que nos permitan enfatizar, desde la fe, nuestra dignidad humana y los presentamos en tres apartados: en el primero, reconocemos que en medio de un ambiente de superficialidad siguen resonando preguntas muy profundas; en el segundo, anunciamos desde la fe una respuesta de conjunto a tales preguntas y, finalmente, en la tercera parte, proclamamos algunas consecuencias de nuestra vida en Jesucristo, el Señor.

2.1 Algunas preguntas

36. Nunca, como hoy, el ser humano tuvo tantas posibilidades; sin embargo, gran parte de la humanidad, no solo en el campo material sino también en el ámbito existencial (cfr. GS 4), sufre una gran miseria, muchas veces sin tener conciencia de ello, ya que el individualismo, la inmediatez y la superficialidad nos han sumergido en una cultura de la indiferencia.
37. ¿De dónde surge la crisis en la que está sumergido el hombre actual? A muchos puede parecerles un juego de palabras, pero nos queda claro que surgen del mismo hombre, éste produce la crisis y la sufre. Con su inteligencia y su dinamismo creador, el ser humano ha generados profundos y acelerados cambios que han afectado al hombre mismo al recaer *sobre sus juicios y deseos, tanto individuales como colectivos, sobre sus modos de pensar y su comportamiento con los hombres con quienes convive* (cfr. GS 4).
38. En la dinámica de tantos y tan rápidos cambios, o como se suele decir también, del cambio de época, los valores absolutos, inamovibles y universales, como la paz, la justicia, la libertad y la verdad, han pasado a ser considerados como relativos y han perdido fuerza en la dinámica de la vida cotidiana. El cambio de valores que ha exaltado el dinero, el confort, el placer, el poder, la moda y la fama, ha traído como resultado que la dignidad del hombre se vea cada vez más denigrada y que surjan discrepancias de todo género, lo cual alimenta la mutua desconfianza y la hostilidad, los conflictos y los enfrentamientos. ¿Qué podemos esperar? ¿Quién es en realidad el hombre?

2.2 Una respuesta de conjunto desde la fe

39. En medio de las muchas descripciones que el hombre se ha dado y se da sobre sí mismo, como miembros de una Iglesia que se reconoce parte de la humanidad que peregrina en medio del mundo e iluminados por la revelación divina, afirmamos su dignidad y su vocación para que vivamos en esperanza y alegría.
40. El hombre, espíritu encarnado, ha de ser considerado en su unidad indivisible y en cuanto tal ha de ser respetado y acompañado en su proceso de desarrollo; creado a imagen y semejanza de Dios, ha de asumir su capacidad para conocer y amar a su creador y su compromiso como señor de la creación para gobernarla y usarla glorificando a Dios. Creyentes y no creyentes estamos generalmente de acuerdo en este punto: todos los bienes de la tierra deben ordenarse en función del hombre, centro y cima de todos ellos. “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder, lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, todo lo sometiste bajos sus pies...” (Sal 8).
41. Cada persona humana tiene su propia dignidad; no es algo, sino alguien (cfr. CIC. 357); es capaz de conocerse, de poseerse, de darse libremente y de entrar en relación con otras personas, por naturaleza es un ser social y, llamado por la gracia a realizar una alianza con su creador, es capaz de ofrecerle una respuesta de fe y de amor que a ningún otro ser puede dar en su lugar.

2.3 La necesidad de la redención

42. Sin embargo, el hombre creado por Dios en la justicia, por instigación del demonio en el propio desarrollo de la historia abusó de su libertad y, rebelándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de su creador, oscureció su corazón y prefirió servir a la criatura y no al creador (Rm. 1,21-25). De ahí que, cuando se examina profundamente, reconoce su inclinación al mal y se siente perturbado por muchos desordenes; al negarse a reconocer a Dios como su principio, rompe la debida subordinación a su fin último y la armonía de relación que debiera mantener consigo mismo, con los demás y con el resto de la creación.
43. Dios creador, siempre misericordioso, no abandona su creación y mucho menos a quien ha constituido como lo mejor de ella. Enviado por el Padre, ha venido el Señor para liberar y fortalecer al hombre, renovándolo interiormente y expulsando al príncipe de este mundo (Jn 12, 31) que lo retiene bajo la esclavitud del pecado y que le impide lograr su auténtica plenitud. En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación (cfr. GS 22).
44. La iglesia cree con fe firme que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza, por el Espíritu Santo, a fin de que pueda responder a su máxima vocación; igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro; bajo la luz de Cristo, imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, el misterio del hombre se ilumina y orienta “Él está en ti, Él está contigo y nunca se va, Él estará allí para devolverte la fuerza y la esperanza” (ChV 2).

2.4 El camino actual como hombre redimido

45. La razón del hombre, que participa de la luz de la inteligencia divina, lo ha llevado a manifestarse como un ser superior al universo material; con su ingenio ha realizado grandes avances en muchos ámbitos de la vida, pero esta naturaleza se perfecciona y debe perfeccionarse por medio de la sabiduría, la cual atrae con suavidad al hombre y lo impulsa a la búsqueda y al amor de la verdad y del bien.
46. Nuestra época, más que ninguna otra, tiene necesidad de esta sabiduría para humanizar los nuevos descubrimientos de la humanidad; el futuro de la humanidad corre peligro si no se forman hombres más instruidos en esta sabiduría, ya que al vivir en medio de las realidades terrenales, el hombre se ve limitado para tener una visión de un cielo nuevo y una tierra nueva (Ap 21,1) que lo lleve a comprometerse a trabajar con entusiasmo y convicción por el Reino de Dios y la transformación de las realidades en las que vive.
47. Frente a las actuales circunstancias que lo desafían para vivir auténticamente su vocación, el hombre de hoy es fuertemente cuestionado en su coherencia de vida y se espera que no separe su fe de los diversos ámbitos en los que de ordinario se desenvuelve; llamado a la libertad para asumir su relación con Dios, con los demás, con la creación y consigo mismo, vive la exigencia de su ser trascendente en cada aspecto de su historia personal y social.
48. De esta manera, en el campo de la economía y la política está convocado a superar las crisis de la pobreza y la corrupción; en el ámbito de la educación está llamado a ser auténtico agente de formación de la conciencia, del sano adelanto de las ciencias y del humano desarrollo de la tecnología; en el ámbito cultural está llamado a ser integrador de los valores provenientes de otras culturas, sin perder la vivencia y promoción de los propios valores adquiridos de su entorno nuclear en un tiempo en que la inclusión y la tolerancia se han tergiversado en su comprensión y en su práctica; en cuanto a su relación con la creación, en cuanto administrador de todo cuanto fue hecho por Dios, está llamado a su verdadero cuidado, a fin de que el vergel que un día recibió en el Paraíso, vuelva a ser ese lugar de convivencia y fraternidad.
49. Uno de los grandes desafíos que se nos presentan en este tiempo es la convivencia intergeneracional, fuertemente señalada por las etapas en que se ha venido desarrollando la joven historia de la tecnología y las grandes diferencias que ésta ha marcado en su comprensión y su empleo, así como la enajenación que se percibe en la actualidad. La cultura enraizada en los medios de comunicación y las nuevas tecnologías de la información hacen pensar al hombre en la necesidad de mirar con mayor atención al llamado “sexto continente” o “continente digital”, mundo en el que se desarrollan la juventud y la niñez

actuales, lo cual aísla la comunicación con las anteriores generaciones, a la vez que abre puertas de esperanza para lograr nuevos métodos de convivencia.

50. Estas y otras muchas cuestiones nos llevan a la comprensión de que el hombre de hoy es fuertemente requerido en su capacidad de ofrecer y recibir amor, superando la indiferencia y frialdad hacia los demás: es urgente hoy ver en el hombre las cualidades de generosidad, entereza, ternura y compasión; es necesario que el hombre vuelva a ver al otro como prójimo y lleve al que está herido en la cabalgadura de su igualdad de condición, asumiendo con libertad la sanación de quien se encuentra en desventaja social, como lo hace el buen samaritano (cf. Lc 10,33-35) aprendiendo a escuchar nuevamente la voz de su conciencia.

TERCERA PARTE

LA IGLESIA, SACRAMENTO DE JESUCRISTO

51. En el momento actual de nuestra iglesia angelopolitana, mucho bien nos hará tener presente lo que el Concilio Vaticano II nos ha dejado establecido: *“La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1)*. Como sacramento, la Iglesia es instrumento de Cristo; ella es asumida por Cristo *“como instrumento de redención universal”*² por medio del cual *“manifiesta y realiza al mismo tiempo el misterio del amor de Dios al hombre”*³.
52. Bajo esta categoría teológica, *La Iglesia, sacramento de Jesucristo*, queremos destacar algunos elementos que iluminen nuestra realidad y orienten nuestro compromiso evangelizador; queremos resaltar que estamos llamados a ser signo o sacramento de Jesucristo -a quien reconocemos como Señor y en quien vivimos nuestra dignidad con esperanza y alegría- conscientes de que no siempre hacemos presente la realidad significada de modo transparente.
53. La reflexión sobre la Iglesia que ahora se presenta no pretende una eclesiología explícita y sistemática. Destacamos algunos elementos teológicos con un enfoque totalmente pastoral y los estructuramos en tres apartados: *en función del Reino (1); desde su condición espiritual e histórica (2); con los énfasis propios de nuestro tiempo (3)*.

3.1 La Iglesia, sacramento de Jesucristo en función del Reino

54. Como signo de salvación, la comunidad de discípulos misioneros de Jesús está presente en la historia de la humanidad y ha de tener siempre presente que *“no vive para sí, sino para acoger y testimoniar la obra redentora de Cristo. Como instrumento frágil del redentor, se hace presente allí donde no hay luz para conducir a la luz; pero donde hay luz, para celebrarla y cantar con ella...”*⁴.
55. La Iglesia, que existe para evangelizar, reconoce que tiene por misión anunciar el Reino y colaborar en su crecimiento, como germen y comienzo (LG 3, 5, 8), y apunta hacia ese Reino cuando ella misma camina en esa dirección, por ello no sólo evangeliza sino que se evangeliza a sí misma, anhelando su identificación total con el Evangelio que anuncia.
56. Retomando el mensaje más reciente de *Evangelii Gaudium*, no perdamos de vista que cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora, no hace más que indicar a los cristianos el verdadero dinamismo de la realización personal, por ello, nos dice el Papa Francisco, recobremos y acrecentemos el fervor, la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas (EG 9).
57. la Palabra de Dios que la Iglesia proclama aparece con un dinamismo de salida que Dios quiere provocar en los creyentes: *“ve, yo te envío” (Ex 3,10), “a donde quiera que yo te envíe, irás” (Jer 1,7)*. En esta línea, el Papa Francisco hace unos énfasis que también nosotros hemos de considerar: ..., la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia, ya no podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos (EG 15), cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos estamos llamados a aceptar esta llamada: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio (EG 20) sin perder de vista que salir hacia los demás para llegar a las periferias no implica correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido (EG 46).

² cfr. LG19

³ cfr. GE 45

⁴ PGP 135

58. Mucha ayudará a orientar el rumbo de nuestro Plan diocesano de pastoral el no perder de vista que la nueva evangelización convoca a todos y se realiza fundamentalmente en tres ámbitos: el ámbito de la pastoral ordinaria, para encender los corazones de los fieles que regularmente frecuentan la comunidad; el ámbito de las personas bautizadas que no viven las exigencias del bautismo; finalmente, a quienes no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado.
59. Los cristianos tienen el deber de anunciar a Jesús y colaborar en su Reino sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable, la Iglesia no crece por proselitismo sino «por atracción» (EG 14). Para el cumplimiento de la misión, no hay que perder de vista que la Iglesia ha de procurar procesos y no solamente atender eventos y en este sentido es importante no olvidar la enseñanza de Aparecida que nos recuerda “que toda evangelización nace de un encuentro personal con Jesucristo y un anuncio kerigmático; que continúa en un proceso discipular, viviendo y participando en la comunidad cristiana, para finalmente poder anunciar con alegría la Buena Nueva del Evangelio”⁵.

3.2 La Iglesia sacramento de Jesucristo desde su condición espiritual e histórica

60. La Iglesia, siendo una sola comunidad de discípulos misioneros de Jesús, integra una doble dimensión: una dimensión espiritual, y por ello invisible; y una dimensión histórica, y por ello sensible. Las dos expresiones más clásicas que pretenden expresar la unidad de las dos dimensiones son *Pueblo de Dios* y *Cuerpo de Cristo*; para expresar abiertamente la doble dimensión se emplean tres binomios: se dice que la Iglesia es a la vez *comunidad de vida y organización visible*; o bien, *cuerpo espiritual de Cristo y comunidad configurada con órganos de autoridad*; o más simplemente, *divina y humana*. Destacando la centralidad de Jesucristo, el texto de la *Lumen Gentium* nos enseña: “Cristo es la luz de los pueblos”; esta es la luz que ha de resplandecer en el rostro de la Iglesia para iluminar a todos los pueblos. La Iglesia es semejante al misterio del Verbo encarnado y así ha de vivir su dimensión espiritual e histórica; su organismo social ha de estar al servicio del Espíritu de Cristo.

a. Pueblo de Dios

61. Somos el pueblo llamado al servicio del proyecto de salvación y a la construcción del Reino de Dios. “Sentirnos como Iglesia Pueblo es experimentar la alegría y la grandeza de nuestro bautismo que nos hace hijos en el Hijo y hermanos en esta familia de Dios. En esta nueva época que pregona un individualismo desmedido y que eleva las libertades por encima del bien común, decimos con el Concilio Vaticano II: Dios ha querido santificar y salvar a los hombres no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente” (GS 32)⁶.
62. Nuestros pueblos conservan un fuerte sentido de pertenencia a una comunidad; sin embargo, la nueva época que vivimos con tendencia al individualismo y la concentración en las grandes y medianas ciudades que nos hace anónimos, nos desafía. No hay que perder la rica experiencia del trabajo en pequeñas comunidades donde se vivan procesos de crecimiento discipular. ...los discípulos del Señor son llamados a vivir como comunidad que sea sal de la tierra y luz del mundo (cf. *Mt* 5,13-16). Son llamados a dar testimonio de una pertenencia evangelizadora de manera siempre nueva. ¡No nos dejemos robar la comunidad! (92).
63. El misterio mismo de la Trinidad nos recuerda que fuimos hechos a imagen de esa comunión divina, por lo cual no podemos realizarnos ni salvarnos solos (n. 178). Esta salvación, que realiza Dios y anuncia gozosamente la Iglesia, es para todos, y Dios ha gestado un camino para unirse a cada uno de los seres humanos de todos los tiempos. Ha elegido convocarlos como pueblo y no como seres aislados. Nadie se salva solo, esto es, ni como individuo aislado ni por sus propias fuerzas (n. 113). Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos (n. 87). El Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo (88).

⁵ Cfr. DA 244

⁶ PGP 177

64. La aceptación de la categoría teológica, *Iglesia-Pueblo de Dios*, nos ofrece elementos para superar una visión de sociedad desigual donde unos parecen tener más dignidad y gozar de mayor consideración que otros. El Concilio lo deja muy claro “El Pueblo elegido de Dios, es, por tanto, uno: *un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo* (Ef 4, 5) los miembros tienen la misma dignidad por su nuevo nacimiento en Cristo, la misma gracia de hijos, la misma vocación a la perfección” (LG 32).
65. La categoría *Iglesia-Pueblo de Dios*, desarrollada antes de los capítulos dedicados a presentar el ministerio jerárquico y las vocaciones particulares, enfatiza que lo común es antes que lo particular; que las distintas vocaciones dentro del pueblo de Dios son distintas formas de ser cristiano, que todos los ministerios tienen sentido solo como servicio a dicha comunidad. Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados (n. 120).
66. Somos un Pueblo de Dios que camina y Dios es el que habita en medio de nosotros, nos hace partícipes de una relación estrecha, yo seré su Dios y ellos serán mi Pueblo⁷. Ante las nuevas realidades y su necesidad de Dios es importante crear nuevos ministerios eclesiales y salir por aquellos hermanos que se han alejado. Las palabras del apocalipsis inspiran este propósito: “Y oí una voz potente que decía desde el trono; esta es la morada de Dios, que compartirá con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, Dios- con-ellos, será su Dios...” (Ap. 21, 3).

b. En comunión y participación

67. La Iglesia es enviada como sacramento de la salvación ofrecida por Dios; ella, a través de sus acciones evangelizadoras, colabora como instrumento de la gracia divina que actúa incesantemente más allá de toda posible supervisión (n.112).
68. “La Iglesia peregrinante es misionera por naturaleza, porque toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio del Padre. Por eso, el impulso misionero es fruto necesario de la vida que la Trinidad comunica a los discípulos”⁸.
69. La obra creadora y salvadora de Dios no se realizó de una manera individual sino en una comunidad de vida y amor que se palpa en su Trinidad Santa, “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo, estén con todos ustedes”⁹. “Así en la Iglesia se predica un solo Dios, que está sobre todos, por todos y en todos: “sobre todos”, en cuanto Padre, principio y fuente; “por todos”, por el Verbo; “en todos”, en el Espíritu Santo.
70. Es una Trinidad no solo de nombre y por pura apariencia verbal, sino en verdad y realidad¹⁰. La Trinidad que es comunión de personas divinas nos ilumina el camino de un Iglesia viva en constante comunión y participación. “La Iglesia es reflejo e imagen de la Trinidad, es un pueblo reunido en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”¹¹. “La Iglesia en este misterio encuentra su fundamento y su inspiración, porque la Trinidad no sólo es el misterio central de nuestra fe, sino una fuente inagotable de donde brotan ricas experiencias humanas que nos llevan a vivir la experiencia de Dios en medio de los hermanos”¹².
71. “La Iglesia, misterio de comunión, Pueblo de Dios al servicio de los hombres, continua a través de los tiempos siendo evangelizada y llevando a todos la Buena Nueva”¹³. La eclesiología de comunión ha favorecido la pastoral orgánica o de conjunto; sin embargo, la Pastoral orgánica o de conjunto no acaba de consolidarse en la práctica eclesial.
72. Dentro de esta Iglesia comunión, los presbíteros no son individuos yuxtapuestos unos a otros, son partícipes de un sacerdocio único, el de Jesucristo, del cual participa en plenitud el obispo. ¡Qué importante será para seguir avanzando en estas relaciones!

⁷ 2Cor 6,16

⁸ cfr. DA 347

⁹ 1Cor. 13,13

¹⁰ Anastasio. Carta a Serapion 1:28

¹¹ cfr. CIC 781

¹² PGP 177

¹³ DP 167

73. Los laicos son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios. A su servicio está la minoría de los ministros ordenados. Si bien se percibe una mayor participación de muchos en los ministerios laicales, este compromiso no se refleja en la penetración de los valores cristianos en el mundo social, político y económico. La formación de laicos y la evangelización de los grupos profesionales e intelectuales constituyen un desafío pastoral importante (n.102). todavía es necesario ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia (n. 103).
74. Se han multiplicado los movimientos laicales y las asociaciones de laicos; en ellos muchas personas han encontrado nueva vitalidad. Sin embargo, la relación de los movimientos con las diócesis y con las parroquias no siempre ha sido ni serena ni armoniosa; no se ha logrado un proyecto unitario que de espacio a la variedad de carismas¹⁴.
75. El Espíritu Santo también enriquece a toda la Iglesia evangelizadora con distintos carismas, se trata de dones para renovar y edificar la Iglesia.. Un signo claro de la autenticidad de un carisma es su eclesialidad, su capacidad para integrarse armónicamente en la vida del santo Pueblo fiel de Dios para el bien de todos (n. 130).
76. De las categorías eclesiológicas de *Comunión y Pueblo de Dios* se deriva para la Iglesia la exigencia de la colegialidad, entendida como la responsabilidad de todos en la gestión de asuntos que a todos afectan¹⁵.

c. En medio de una realidad cultural

77. La categoría Iglesia-Pueblo de Dios impulsó la conciencia de que caminamos en el tiempo y en el espacio, como parte de toda la humanidad. La Nueva Evangelización ha de retomar esta línea para comprometerse en la historia, favorecer la inculturación del Evangelio, estar atenta a los signos de los tiempos y, de esta manera, superar visiones y prácticas ingenuas o alienantes. Este Pueblo de Dios se encarna en los pueblos de la tierra, cada uno de los cuales tiene su cultura propia (n. 115).
78. No conviene ignorar la tremenda importancia que tiene una cultura marcada por la fe, porque esa cultura evangelizada, más allá de sus límites, tiene muchos más recursos que una mera suma de creyentes frente a los embates del secularismo actual. Una cultura popular evangelizada contiene valores de fe y de solidaridad que pueden provocar el desarrollo de una sociedad más justa y creyente, y posee una sabiduría peculiar que hay que saber reconocer con una mirada agradecida (n. 68).
79. La Iglesia evangeliza, educa y acompaña a los fieles respetando su misma identidad cultural, sin violentar sus usos y costumbres de tal manera que los lleve a buscar su trascendencia hacia Dios. El encuentro cotidiano y la vivencia de la fe con nuestros pueblos nos hace valorar que “La fe sólo es adecuadamente profesada, entendida y vivida, cuando penetra profundamente en el substrato cultural de un pueblo. De este modo, aparece toda la importancia de la cultura para la evangelización... El encuentro de la fe con las culturas las purifica, permite que desarrollen sus virtualidades, las enriquece. Pues todas ellas buscan en última instancia la verdad, que es Cristo” (Jn 14,6)¹⁶.
80. De tal manera que “con la inculturación de la fe, la Iglesia se enriquece con nuevas expresiones y valores, manifestando y celebrando cada vez mejor el misterio de Cristo, logrando unir más la fe con la vida y contribuyendo así a una catolicidad más plena, no solo geográfica, sino también cultural”¹⁷. Sin embargo, este patrimonio cultural diocesano se ve confrontado con la cultura actual, que presenta luces y sombras. Debemos considerarla con empatía para entenderla, pero también con una postura crítica para descubrir lo que en ella es fruto de la limitación humana y del pecado.

¹⁴ SERRANO Félix, Vaticano II. Herencia y Desafíos, *En Vaticano II – 50 años, ITEPAL-CELAM, Medellín 152 (2012), pp. 472 -477*

¹⁵ Corresponsabilidad a nivel de la Santa Sede: El colegio episcopal y el papado; el sínodo de los obispos, colegialidad episcopal y colegio cardenalicio, corresponsabilidad episcopal y curia romana; corresponsabilidad a nivel de los obispos: Iglesia universal e iglesias particulares, las Conferencias episcopales; corresponsabilidad a nivel de los sacerdotes: obispo y presbítero, los dos cleros, el consejo presbiteral, corresponsabilidad entre los presbíteros, sea por generaciones, por funciones; corresponsabilidad a nivel de los teólogos, etc., particular atención ha de merecer la corresponsabilidad de los laicos. Cfr. SUENENS, la corresponsabilidad en la Iglesia de hoy, DDB, Bilbao, 1968.

¹⁶ DA 478

¹⁷ DA 479

81. Actualmente “muchos católicos se encuentran desorientados frente a este cambio cultural. Compete a la Iglesia denunciar claramente “estos modelos antropológicos” incompatibles con la naturaleza y dignidad del hombre. Es necesario presentar la persona humana como el centro de toda la vida social y cultural, resultando en ella: la dignidad de ser imagen y semejanza de Dios y la vocación a ser hijos en el Hijo, llamados a compartir su vida por toda la eternidad. Contrarrestar la cultura de muerte con la cultura cristiana de la solidaridad es un imperativo que nos toca a todos y que fue un objetivo constante de la enseñanza social de la Iglesia” (DA 479)¹⁸.
82. Por otro lado los cristianos, también “con los talentos que han recibido, talentos apropiados deben ser creativos en sus campos de actuación: en el mundo de la cultura, de la política, de la opinión pública, del arte y de la ciencia”¹⁹ que son patrimonio de la humanidad y riqueza histórica.
83. En el ámbito de la ecología, el hombre ha perdido la armonía con la naturaleza, esta actitud ha provocado una “cultura de destrucción” que se vive inconscientemente en los diversos momentos de la vida, por ejemplo, la pirotecnia, la tala, los desechables, los ruidos agresivos, los gases tóxicos, los desechos industriales, los proyectos hidroeléctricos y de mineras. “Urge al hombre tener una conciencia de respeto a la ecología, de tal manera que no se muestre indiferente ante el deterioro irracional de nuestro planeta. Hace falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos... Se destaca así un gran desafío cultural, espiritual y educativo que supondrá largos procesos de regeneración”²⁰.
84. Urge crear conciencia de que Dios le encomendó al hombre el cuidado de la creación y no ser su depredador. “Porque Dios crea con sabiduría, la creación está ordenada y está destinada, dirigida al hombre, imagen de Dios (Gn1, 26), llamado a una relación personal con Dios. La Iglesia ha debido, en repetidas ocasiones, defender la bondad de la creación, comprendida la del mundo material”²¹.

3.3 La Iglesia, sacramento de Jesucristo con los énfasis propios de nuestro tiempo

a. Proclamar el valor de la persona y el sentido de sus instituciones

85. En esta nueva época, en la que se distorsiona la imagen del ser humano, en su empeño evangelizador “la Iglesia está llamada a proclamar que toda persona tiene un valor en sí mismo, independientemente de su condición social, económica, política o religiosa y que por su naturaleza es libre y trascendente, con la capacidad de relacionarse con los demás y con la naturaleza”²².
86. De la misma manera, la Iglesia señala con claridad, que solo Dios es dueño de la vida, desde su concepción hasta la muerte natural, y urge que también el Estado, sea garante de todo derecho humano, procurando los medios necesarios para que toda persona se realice en plenitud, “nuestro Señor Jesucristo, en su camino de redención, ha venido para que el hombre tenga vida y la tenga en abundancia” (Jn 10,10)²³.
87. Así pues, la Iglesia no puede estar ajena a la realidad del hombre de hoy, pues su misión no caduca en el tiempo, sino que va a la par de las realidades que vive la humanidad; la Iglesia está en la sociedad, vive en la sociedad y desempeña su ser y quehacer en la sociedad, de tal manera que la salvación, la esperanza y el amor deben ser las propuestas claras de su misión; la Iglesia debe ser voz en el silencio de la degradación de la dignidad del hombre, verdad en medio de la incertidumbre, alegría en medio de la tristeza, porque la Iglesia es promotora de los caminos de la libertad, la justicia y la verdad.
88. “La coherencia entre fe y vida en el ámbitos político, económico y social exige la formación de la conciencia, que se traduce en un conocimiento de la Doctrina Social de la Iglesia”²⁴. Por lo tanto, la Iglesia, que ha de ser pobre entre los pobres, da una

¹⁸ DA 480

¹⁹ Ibid.

²⁰ LS 202

²¹ CIC 299

²² Cfr. PGP 172

²³ Cfr. Cfr. 173

²⁴ DA. 505

esperanza en medio de las tristezas y los sufrimientos que el hombre de hoy padece por la marginación por la injusticia, la migración y otros tipos de exclusión que se padecen en la sociedad.

89. La comunidad política y la Iglesia son independientes y autónomas, cada una en su propio terreno; ambas, sin embargo, aunque por diverso título, están al servicio de la vocación personal y social del hombre. “Este servicio lo realizarán con tanta mayor eficacia, para bien de todos, cuanto mejor cultiven una sana cooperación, habida cuenta de las circunstancias del lugar y tiempo” (GS 76)²⁵. Con respeto, pero con firmeza, exhortamos a todos los políticos y hombres de gobierno a tomar en cuenta responsablemente las palabras del Concilio Vaticano II: “Solo Dios es la fuente de vuestra autoridad y el fundamento de nuestras leyes”²⁶ y, retomando las palabras del Evangelio, recordamos que como punto nuclear de un auténtico gobierno está el ejemplo de Jesús, que no vino hacer servido sino servir y a dar la vida por sus hermanos.
90. No hay que perder de vista que la Iglesia ha sido una institución creíble ante la opinión pública, confiable en lo que respecta al ámbito de la solidaridad y de la preocupación por los más carenciados; en repetidas ocasiones ha servido de mediadora en favor de la solución de problemas que afectan a la paz, la concordia, la tierra, la defensa de la vida, los derechos humanos y ciudadanos, etc. (n. 65). En la medida en que Jesucristo logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos (180).

b. Favorecer la solidaridad y la opción por los pobres

91. La palabra «solidaridad» está un poco desgastada y a veces se la interpreta mal, pero es mucho más que algunos actos esporádicos de generosidad, supone crear una nueva mentalidad que piense en términos de comunidad, dé prioridad a la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos (n. 188).
92. Si la Iglesia entera asume este dinamismo misionero, debe llegar a todos, sin excepciones. Pero, ¿a quienes debe privilegiar?... no deben quedar dudas ni caben explicaciones que debiliten este mensaje tan claro. Hoy y siempre, los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio (n. 48). Cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres (n. 187), no se trata de una misión reservada a algunos (n. 188). Es un mensaje tan claro, tan directo, tan simple y elocuente que ninguna hermenéutica eclesial tiene el derecho de relativizarlo ¿Para qué complicar lo que es tan simple?, para qué oscurecer lo que es tan claro? (194).
93. La belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y deshecha (n. 195). Por eso [dice el Papa] quiero una Iglesia pobre para los pobres (198). Sin la opción preferencial por los más pobres, el anuncio del Evangelio corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de las palabras (199). Así mismo, es indispensable prestar atención para estar cerca de las nuevas formas de pobreza y fragilidad: los sin techo, los toxico-dependientes, los refugiados, los pueblos indígenas, los ancianos, los que son objeto de las diversas formas de trata de personas (en el taller clandestino, en la red de prostitución, en los niños para mendicidad, en aquel que tiene que trabajar a escondidas), las mujeres que sufren exclusión, maltrato y violencia, los niños por nacer... el conjunto de la creación (nn. 210-215). “El discípulo y misionero de Cristo debe iluminar con la luz del evangelio todos los ámbitos de la vida social. Si muchas de las estructuras actuales generan pobreza, en parte se ha debido a la falta de fidelidad a sus compromisos evangélicos de muchos cristianos con especiales responsabilidades políticas, económicas y culturales”²⁷.

c. Abrir espacios a los jóvenes

94. La realidad de la Iglesia de hoy experimenta un vacío que exhibe la ausencia de los jóvenes, podemos hablar de una “Iglesia infantil”, o una “Iglesia adulta”, pero lamentablemente no una Iglesia de jóvenes. Necesitamos retomar reflexiones de los documentos de la Iglesia para redescubrir la importancia que la Iglesia debe tener en la atención a los jóvenes. “La Iglesia ve en la juventud una enorme fuerza renovadora, símbolo de la misma Iglesia. Esto lo hace por vocación y no por táctica, ya que está «llamada a constante renovación de sí misma, o sea, a un incesante rejuvenecimiento» (Juan Pablo II, Alocución

²⁵ DP 1238

²⁶ CVII Mensaje a la Humanidad, n.2 a los Gobernantes”

²⁷ Cfr DA 501

Juventud 2: AAS 71 p. 218). El servicio a la juventud realizado con humildad debe hacer cambiar en la Iglesia cualquiera actitud de desconfianza o de incoherencia hacia los jóvenes”²⁸.

95. Tenemos como reto acercarnos a los adolescentes y jóvenes ya que la Iglesia tiene una gran riqueza y una gran esperanza en ellos. “Valora la importancia de su presencia y la fuerza de su entusiasmo en estos momentos históricos de la humanidad y de nuestro país. Expresamos nuestro compromiso con cercanía, confianza y dialogo mutuo, para reconocerlos como protagonistas de una transformación social y sujetos de una nueva etapa en la evangelización en nuestras comunidades juveniles, desde un proyecto de vida, orientado hacia su propia santidad”²⁹

d. Participar en el diálogo que busca la verdad

96. Ante los criterios humanos equívocos se necesita de una luz que nos guíe a la verdad de Dios Padre, revelada en Jesucristo. El magisterio de la Iglesia predica al pueblo de Dios la fe que debe ser creída y aplicada a las costumbres. “A él le corresponde también pronunciarse sobre las cuestiones morales que atañen a la ley natural y a la razón”³⁰.

97. En el misterio de amor, la Iglesia contribuye en ternura a ejemplo de María, en el papel de una madre que acoge, cuida y vela por la vida de sus hijos alimentándolos en los sacramentos, acompañándolos en la oración y guiándolos en los mandamientos y educándolos a través de su magisterio, a su vez es la gran maestra de la verdad, de la justicia y de la moral, de tal manera que sin ella el hombre caminaría extraviado en el mundo. “Como ya enseñaba San Ambrosio, la madre de Dios es figura de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo”³¹.

98. A esta Iglesia, “columna y fundamento de la verdad”,³² “confió su divino fundador una doble misión, la de engendrar hijos para sí, y la de educarlos y dirigirlos, velando con maternal solicitud por la vida de los individuos y de los pueblos, cuya superior dignidad miro siempre la Iglesia con el máximo respeto y defendió con la mayor vigilancia”³³.

99. Al mismo tiempo, la Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio (n. 114), la Iglesia ha de vivir un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre (n. 24).

²⁸ DP 1178

²⁹ PGP 188

³⁰ Cfr. CIC 2050

³¹ Cfr. LG 63

³² 1Tm 3,15

³³ Mater et Magistra n. 1